

HAY FESTIVAL

II Encuentro Talento Editorial
Xalapa. 2-5 octubre de 2014
Ponencia de Juan Manuel Nadalini

Editorial Entropía

Como una mala sala de conciertos, el espacio afectivo tiene rincones muertos donde el sonido no circula. El interlocutor perfecto, el amigo, ¿no es entonces el que construye en torno nuestro la mayor resonancia posible? ¿No puede definirse la amistad como un espacio de sonoridad total?

Roland Barthes

Hojeando un libro sobre diseño tipográfico, leo que Matthew Carter (autor, por ejemplo, de la ubicua Verdana) dijo alguna vez que una de las claves de su trabajo consistía en lograr que la fascinación superara siempre a la frustración. Parece una de esas máximas de orden genérico que se podría aplicar a casi cualquier asunto —en todo caso una máxima legítima y sensata—, pero creo que también es una certeza que encaja delicadamente en la descripción de un proyecto editorial de la moderada escala de Entropía, o que al menos explica muy bien el tipo de impulso que hace falta para mantenerla en movimiento durante varios años (diez, por ahora, en nuestro caso).

Sucede que somos una editorial doméstica, módica, casi íntima, y ese tironeo entre fascinación y frustración —entre encantamiento y desengaño— está anudado en las bases mismas de nuestra naturaleza. Quiero decir, no es algo que surja cada tanto, bajo la forma de una gran crisis de fe, como para recordarnos la amenaza de la imposibilidad, sino que se trata, antes que nada, de una verdad con la que hay que convivir —con la que hay que negociar— cada día.

La lista de obstáculos es larga y seguramente conocida, y no me gustaría

demorarme en eso, pero digamos solo al pasar que los hay desde mundanos y elementales —pongamos por caso el precio irracional de algo tan primario como el papel, o la complejidad que supone mantener un sistema de distribución lozano y eficiente, o el tiempo que uno, que también tiene que vivir *de algo más*, debe dedicarle a *otros trabajos*, relacionados o no con los libros, desatendiendo la que sabe es su verdadera vocación—, hasta otros no tan ociosos, como la sensación permanente de no estar publicando lo suficiente, de no estar leyendo los cientos de manuscritos que se apilan sobre el escritorio, o lo costoso y complicado que resulta edificar un catálogo con la cantidad adecuada de títulos como para generar algo así como un sistema *sustentable*, por llamarlo de algún modo; esto es: un fondo editorial con cierta espesura que convierta una editorial pequeña en un honorable modo de vida para algunas personas. Y luego, por supuesto, *también* están las ventas, que un poco engloban lo dicho recién. No querría extender este disgusto al libro en general, porque se trata de un universo muy vasto, y desde luego contiene ejemplos fecundos y rentabilísimos, pero sí mencionarlo al menos aplicado al rubro donde Entropía centra gran parte de sus esfuerzos: la nueva literatura argentina. Porque al fin y al cabo puede que tuviera razón aquel que dijo que la literatura nacional de esta época cabe toda en un teatro grande. Y por literatura argentina se refería a *toda* la literatura argentina: autores, lectores, editores, libreros, periodistas culturales y todas las categorías suplementarias que uno quiera agregar en esta lista. De donde resulta por lo menos estridente, creo, hablar de “mercado”, y sea acaso más conveniente recurrir a un término más realista, como por ejemplo, digamos, “comunidad de intercambio”.

Bien. Hasta ahí, entonces, lo frustrante. Pero del otro lado de la ecuación que imaginó Carter está, por suerte, la fascinación. Y esa lista es mucho más larga que la anterior, e incluye, al menos en nuestro caso, todos los fragmentos de la gestación de un libro. Porque ese deslumbramiento, en contra de lo imaginable, no parece menguar; en lo personal sigo encarando esas tareas con la misma felicidad que antes. Hablo por supuesto no solo de pensar un libro, o de elegirlo, sino efectivamente de toda la labor operativa que hay a su alrededor. No sé si en todas las editoriales pequeñas será igual —puede que sí—, pero al menos en Entropía nos ocupamos en forma personal del total de las instancias: desde la edición de los textos hasta el diseño de las tapas, desde la distribución hasta la diagramación de los interiores y desde la difusión hasta la negociación de derechos. En parte lo hacemos porque es el

único modo de que un proyecto tan chico resulte un poco más rentable, pero desde luego —y más que nada— también lo hacemos porque así es como nos gusta, y no concebimos la tarea editorial de otro modo que no sea éste: una primera persona total y completa.

* * *

Ahora bien, antes, para referirme a la naturaleza de la editorial, dije “casi íntima”. No sé por qué me contuve, por qué lo atemperé, ya que somos —*antes que nada*— una editorial íntima. Y no quiero soslayar este aspecto, porque está en el centro de lo que hacemos y de la manera en que lo hacemos. Me gustaría ser capaz de ofrecer un planteo más formal, corporativo o programático, pero en rigor a la verdad Entropía es, en esencia —antes que una sociedad comercial, o un trabajo, o un proyecto libresco—, la continuación de una amistad por otros medios.

Caso curioso o no, Entropía es una editorial hecha por cuatro personas que se conocen muy de cerca desde la escuela secundaria, un lugar que hoy, a los cuarenta y dos años, me parece remoto y casi indiscernible de la infancia (o desde luego más cerca de la infancia que de la juventud). Vale decir, cuatro personas con afinidades en común moldeadas y fraguadas durante más de tres décadas de intercambios afortunados y casi cotidianos.

Desde luego con esto no debe entenderse que a los trece años soñábamos con montar una editorial (aunque *casi*), pero sí que este proyecto fue, en nuestra vida adulta, la cristalización natural en torno a un cúmulo de experiencias mancomunadas alrededor de la lectura, la literatura y los libros en general (pero también el cine y la música, en igual o mayor medida). Y en esa intimidad creo que también están cifrados hoy el modo en que concebimos el trabajo editorial, los libros que publicamos —que son producto del entusiasmo superpuesto de los cuatro (de la *fascinación*)—, el modo en que nos vinculamos con los autores (muchos de los cuales terminan siendo amigos), y también, desde luego, los libros que dejamos pasar, las limitaciones que nos demoran, o directamente las taras que a veces nos frenan o nos impiden el avance. Esa intimidad, entonces, con sus problemas y sus aciertos, nos constituye.

Surgimos de un modo oblicuo, ambiguo, o incluso algo a contramano de la etiqueta más o menos establecida en el mundo editorial de aquel momento: no por

ignorarlos casi todo sobre el terreno en el que estábamos entrando (lo cual también era un poco cierto), sino más bien porque las dos primeras novelas que publicamos eran *nuestras*. Y por nuestras quiero decir que los autores eran también los editores, de modo que corríamos el riesgo de que se nos confundiera con un proyecto un tanto sofisticado pero de corto impulso, algo que se agotaba en la edición autofinanciada de dos bonitos libros; algo que, por ejemplo, en el mundo de la música —por decir algo— estaba muy bien considerado, pero que al menos en la narrativa otorgaba cierta mala espina, cierto sabor a *poco mérito*. Pero éramos concientes de ese riesgo. Que detrás de esas dos novelas había un proyecto editorial de más largo aliento era, hasta ese momento, más una intención que una verdad. Sin embargo, de a poco, y gracias a la generosidad de varias personas (desde atentos periodistas de suplementos culturales, que reseñaron nuestros textos, hasta libreros enérgicos, que abrieron algún hueco suplementario en sus mesas), fuimos conquistando un pequeño espacio de reconocimiento y dejando en claro nuestra propuesta, nuestra voluntad de perdurar. Un libro tras otro, en general siempre más despacio de lo que nos habría gustado, fuimos construyendo un catálogo que hoy algunos consideran coherente.

Desde el inicio nos atravesó una pregunta, una a la que yo todavía hoy sigo sin poder responder del todo. Sabíamos que editar dos novelas de autores argentinos desconocidos abría un camino fértil, y que había ahí un campo repleto de material para descubrir y explorar, para dar a conocer. O tal vez no se trataba exactamente de *descubrir*, que suena un poco vanidoso, sino más bien de propiciar un encuentro entre esos textos y sus posibles editores. Ahora bien, ¿cómo hacerlo? O sobre todo: ¿de qué modo leer eso que queríamos publicar? Como se ve, no es una sola pregunta, sino más bien un pequeño cúmulo de interrogantes encadenados: ¿Debíamos simplemente asumirlo como proyecto cerrado, personal, si se quiere caprichoso? ¿O estábamos ahí para posar de lectores universales, para interpretar el gusto de alguien —vaya a saber quién— y en ese sentido publicar? Que la única vara fuera la inclinación personal, ¿no teñía todo de un cierto solipsismo arbitrario? ¿O era efectivamente válido que esa fuera la motivación principal del proyecto, y ya habría tiempo de ver si era recibido con interés por alguien?

Como sea —capricho o no—, había en la propuesta de Entropía cierto cariz de intervención política, de declaración de principios: incluso con nuestras austeras, infinitesimales posibilidades, queríamos modificar aquello que estaba disponible para

los lectores argentinos. Esto es: más libros, nuevos libros. Pero más que nada ciertos textos que ninguna de las editoriales grandes tenía en cuenta. Creo, entonces, que se dio uno de esos momentos felices en que la vocación personal hace pie en un contexto favorable y receptivo, y se termina generando la sensación de que ese impulso individual obedecía a alguna clase de pretensión ecuménica más meditada.

* * *

La entropía es un concepto que proviene de la termodinámica, y fue acuñado por Rudolf Clausius hacia finales del siglo XIX. Aunque tiene un sonido agradable (redondo, agudo, delicadamente griego), como idea no es por cierto la más luminosa. Resumida en pocas palabras, es esa magnitud que indica que la flecha del tiempo fluye en un solo sentido, que siempre hay pérdida, olvido, dispendio, que es muy sencillo diluir un poco de leche en una taza de café pero bastante improbable volver a separar esos dos fluidos; en definitiva, la sentencia de la entropía indica que *todo* en este universo se encamina irreversiblemente hacia la disolución, hacia la nada. De modo que imagino que cualquier estudiante de marketing nos habría desaconsejado su uso como nombre para un proyecto comercial. Por suerte la idea de entropía no solo era un tanto nebulosa, sino que se había derramado también hacia otras disciplinas más populares, con acepciones no tan negras, como por ejemplo la comunicación, que vio en ella una medida para describir el caos, el desorden de un sistema. Algo que, ahora sí, tal vez tenga más que ver con nuestras intenciones originales a la hora de armar esta breve casa editora.

Cuando publicamos nuestros dos primeros libros, y amplió algo de lo dicho antes, el panorama editorial argentino no era ni remotamente tan fecundo como lo es hoy. El país salía de una crisis concluyente —esto es: no de un mero desajuste en los mercados, ni de un sismo en la bolsa, ni de un desarreglo institucional, sino más bien de algo que parecía la evaporación rotunda de todo lo que conocíamos—, y la sensación que se percibía a nuestro alrededor, más allá del desasosiego, era que había que construirlo todo de nuevo, de otro modo, de ser posible mejor. En este sentido, cierto renacimiento de la industria editorial fue parte de esa transformación. Abandonado el dislate neoliberal de los años noventa, fue posible que las editoriales nacionales cobraran un poco más de potencia, y que la producción local retomara cierto impulso perdido (como recordando que alguna vez, en décadas remotas, la

Argentina había sido proveedora editorial —de libros, de traducciones— para buena parte del mundo hispano parlante).

Todo eso es cierto, pero también es verdad que incluso en ese contexto de florecimiento seguían faltando espacios externos a ese núcleo duro, zonas grises que operaran por fuera de la lógica empresaria; es decir: grietas, ajenas a la pura renta, donde ejercer amenamente el riesgo y la experimentación. Y fue en ese surco —que ya estaba abierto por el trabajo de varias editoriales pequeñas o medianas (pienso ahora en Interzona, en Adriana Hidalgo, en Beatriz Viterbo)— que Entropía vino a hundir su azadón y a aportar su cuota de novedad. Había ahí, entonces, por fin, cierto espíritu caótico, desordenado, festivo —netamente entrópico—, que venía a remover un poco un escenario algo adormilado e indudablemente conservador.

Ahora bien, hubo también, creo, otro terreno —menos predecible— donde esa especie de caos que nos da nombre vino a encarnar: nuestro propio catálogo. Si, como asegurábamos, nuestra búsqueda apuntaba a encontrar nuevas voces en la narrativa argentina, resulta por lo menos notorio que el cuarto libro de la editorial haya sido uno de Manuel Puig. Porque el gentilicio coincidía, pero lo de “nueva voz” ya no tanto, por decir lo menos. Sin embargo, en ese caso no se trató de un texto narrativo de Puig, autor canónico, sino de dos extraños volúmenes de cartas de juventud, una suerte de anomalía tentadora que —nunca entendimos por qué— no lograba dar con un editor propicio. Por suerte, con avidez, lo recibimos y lo publicamos. Ese encuentro con Puig nos cambió la perspectiva y nos abrió posibilidades nuevas. Por un lado, nos dio credenciales más sólidas (a la hora de presentarnos, por ejemplo, frente a la prensa, o ante ciertas librerías menos receptivas a la propuesta de una editorial tan chica), y por otro —mucho más importante—, nos permitió entender que nuestro catálogo podía ser *otra cosa*. Es decir: eso que ya era, pero *también* algo más. Nueva literatura argentina, desde luego, pero otra cosa. Un algo difícil de definir.

Si tengo que buscar una analogía para ese *algo*, indagaría por el lado de la acústica. Se sabe que al pulsar una nota —por ejemplo un do en un piano—, el oído percibe desde luego ese do, pero también otros sonidos que la cuerda, por su naturaleza física, genera al vibrar. Esos sonidos subsidiarios se denominan “armónicos”. Puede que la conciencia no los registre si no está lo suficientemente alerta, pero el cuerpo sabe que están ahí, y que colaboran en el espesor del tono

principal. Diría, entonces, que nuestro vector central como editores sigue siendo el mismo —ese gusto por descubrir, por publicar la nueva literatura que acontece a nuestro alrededor—, pero que también estamos atentos a escuchar esos armónicos que vibran y que resuenan en consonancia con nuestro propio gusto y que sentimos forman un sistema con el resto del catálogo: libros de dramaturgia, diarios de filmación, guiones de cine, ensayos sobre traducción, crítica literaria, poesía. Una lista siempre abierta y siempre inconclusa.

Muy cada tanto, un costado cartesiano de mi ser me demanda un catálogo más rígido, menos disperso. O ni siquiera: apenas uno menos permeable a la digresión, algo que simplifique un poco la tarea de aceptar un libro (y desde ya la de agradecer y dejarlo pasar, según sea el caso). Pero por suerte la confusión dura poco, y rápidamente vuelvo a abrazar exaltado ese organismo vivo que es hoy nuestro catálogo, esa controlada y alegre confusión de colecciones ramificadas, y que reclama para sí libros que ni siquiera sospechábamos.

Para terminar, recupero la propuesta que cita Kant al comienzo de *Crítica de la razón pura*. Dice ahí algo como: “Sobre nosotros, callaremos”. Y la recobro solo para decir que eso es imposible. Que de una forma u otra, por más recato que se ponga, la propia experiencia vital busca su forma de ser relatada. En nuestro caso, entonces, ahí están los libros que publicamos y los que vamos a publicar en los próximos años.

Editorial Entropía fue fundada en 2004 en Buenos Aires por Valeria Castro, Sebastián Martínez Daniell, Gonzalo Castro y Juan Nadalini.